

EL PABELLÓN 3

bette howland

traducido por Lucía Martínez Pardo

I

En la unidad de cuidados intensivos había una mujer a la que habían operado a corazón abierto. Tenía implantado un monitor que emitía un pitido cada segundo del día y de la noche, una cadencia persistente que nunca se aceleraba ni ralentizaba, como al parecer lo hace un corazón humano innumerables veces en un día normal de nuestras vidas. De haber sucedido, las enfermeras habrían acudido al toque, con sus briosos tacones de color blanco que apenas se entreveían por el vaivén de las cortinas. La mujer estaba inconsciente, no se había vuelto a despertar; su vida no era más que un mecanismo cuyo ritmo resonaba en toda la sala.

Seguramente llevaba mucho tiempo escuchando aquel pitido sin saberlo.

Más tarde, me sorprenderían las primeras frases de un ensayo sobre la ceguera escrito por una chica ciega: «Debe de ser oscuro. Es lo que la gente te dice siempre. Pero no es

oscuro. No es nada». Tal vez me equivoque, pero antes de todo aquello no había oscuridad, no había nada. Y no se sabía cuánto podría tardar en emerger, en llegar a aquel umbral de confusión. Había un cierto dolor, vago, dificultoso, y un regusto salobre, un sabor de agua de mar. (Era por el vapor del respirador). Mi consciencia parecía estar fijada, equilibrada, en un extraño y penetrante anuncio:

Bip... bip... bip...

—Está todo bien. Vas a estar bien —alguien susurraba en mi oído—. Ya pasó, ya quedó atrás. Empezarás tu vida de nuevo. —*De nuevo*, decía la voz—. Vas a volver a nacer.

Yo no veía nada.

Nada de esto me parecía extraño; carecía de energía para una reflexión así. El único estímulo real era el dolor, y no era capaz de determinar de dónde venía. Estaba desinflada, estrictamente fuera de servicio. Mis dos manos lastradas, atadas con esparadrapo a unas tablillas y llenas de tubos, parecían remos; lo mismo sucedía con los tobillos. También sentía un escozor en torno al ano y a la uretra —más tubos, inferí por experiencia—. Los que me bajaban por la boca y la nariz me los había arrancado yo misma en algún momento de semiinconsciencia. Esos tubos eran ahora mi mayor inquietud; parecía que me ataban, que me bloqueaban, que se enredaban en mi vida; quería liberarme de ellos. No dejaba de intentar levantar la cabeza y morderlos, entrechocaba los dientes, tratando de partarlos a dentelladas.

—¡Has renacido! —susurraba mi madre. Llevaba tres días esperando a que me despertase, acampada en los pasillos y salas de espera del hospital. ¿Tenía planeado lo que

iba a decir? ¿O se le había ocurrido en ese mismo momento? Nunca le pregunté, aunque sé lo que trataba de hacer. A su manera, estaba reviviéndome, resucitándome, igual que todas aquellas máquinas, máscaras, agujas, tubos que veía salir de mí por todas partes. Pero el sistema que ella estaba alimentando era otro, la función vital más esencial. Al fin y al cabo, ella era madre, yo era su hija; ella pertenecía a aquel sistema. Y yo lo había repudiado. Así que ahora intentaba ponerlo de nuevo en marcha.

Renacida. De nuevo. Bip... bip... bip...

Yo no sabía que ese tipo de palabras está muy cerca de la superficie, en la punta de la lengua. Durante mucho tiempo, habían sido mi secreto más profundo, mis protectoras, mis compañeras más cercanas. Y ahora me sorprendía escuchárselas decir en voz alta de aquella manera. Así que no eran ningún secreto, a fin de cuentas. No tenían nada de especial. Ni tan siquiera me pertenecían —saltaba a la vista que eran propiedad colectiva—. La primera sensación que experimenté entonces, en los primeros momentos de aquella nueva vida mía, fue una sorda decepción. Mis deseos parecían insuficientes, deteriorados, indefensos, tibios.

Aun así, las carencias de una existencia anterior no tenían mucho poder sobre mí en aquel momento, no podían competir con lo que me preocupaba intensamente: los tubos. Me escuché a mí misma suplicar que me los quitaran.

En aquel momento no tenía voz, tan sólo era capaz de hablar en un susurro totalmente inaudible. Al entrar por las fosas nasales tráquea abajo, el tubo había distendido mis cuerdas vocales; mi voz era una especie de vapor ronco.

Trataba de hablar con todas mis ganas, pero no salía nada. Esa era una de las cosas que pasaban. Había otras cosas. La máquina de tos, por ejemplo, un aparato estrepitoso; actividad violenta, el equivalente a nadar en un canal agitado. Me acompañaba durante veinte minutos de cada hora día y noche. Fue lo primero de lo que fui consciente, y ahora era una de las realidades extrañas pero importantes de mi vida. Había vomitado, como suelen hacer las personas que ingieren una sobredosis masiva de somníferos. El vómito había llegado a mis pulmones; me estaban drenando. Aquella era mi (inesperada) realidad fisiológica.

La unidad de cuidados intensivos nunca quedaba a oscuras; estaba iluminada a todas horas, día y noche, con una especie de resplandor constante, incesante, que parecía pertenecer a la misma categoría de cosas que el pitido. Era como si mi cama estuviera varada en el centro de la estancia amplia y refulgente. Había una enfermera, una especie de matrona-policía, que tenía unos brazos enormes y una delantera a juego; musculosa, no hecha para la ternura. Para hacer llaves de kárate, tal vez; para greñar pan. En una ocasión, mientras aquella bata almidonada se afanaba de un lado a otro de la sala, la llamé repetidas veces. Algo me dolía. Mi voz era inaudible, y no pareció oírme. Traté de captar su mirada. ¿Acaso no veía que tenía la boca abierta?

Al final desapareció entre las cortinas.

Dos limpiadoras arrastraban sus fregonas por el suelo, inevitables siluetas flacas ataviadas con uniformes azul oscuro que se convirtieron en una visión familiar cuando llegué al P-3. Vieron mi apuro y se miraron entre sí; una dejó

la fregona y se acercó a las cortinas. Para entonces yo miraba las cortinas con todas mis fuerzas. La mujer regresó, recogió su fregona:

—Le dije que la estabas llamando —comentó, con la fregona de aquí para allá, sin mirarme a la cara—. Pero dice que no te oye.

—Maldita zorra —les susurré a las cortinas.

De inmediato se separaron; unos brazos fornidos las hicieron a un lado y las sujetaron con una anilla:

—¿QUÉ HAS DICHO?

En defensa de la enfermera, debo admitir que aquellas llamadas se producían constantemente y que a mí tampoco me parecían especialmente expresivas ni conmovedoras. Al fin y al cabo, los enfermos en sus camas eran invisibles. Sólo estaban allí implícitamente. Tenían que existir, aunque sólo fuera por esa otra vida llena de importancia: brazos atareados, batas almidonadas; carritos, fregonas, timbres, pitidos; enérgicas idas y venidas de las enfermeras y sus medias blancas.

El hospital era una institución universitaria; los corredores estaban llenos de alegres manadas de estudiantes de Medicina. Varias veces al día una clase se desplegaba y se alineaba —los dobladillos de sus batas blancas aleteaban enérgicamente— detrás del profesor, a los pies de mi cama.

—¿SABE CÓMO SE LLAMA? ¿SABE DÓNDE ESTÁ? —preguntaba el profesor apoyándose en la barra lateral.

¿Qué querían de mí? Desde luego, no la respuesta a preguntas como aquellas.

—¿SABE QUÉ HORA ES?

Pregunta trampa. Una sala sin oscuridad ni luz natural, las mismas lámparas encendidas día y noche. No me traían comida; la máquina de tos aparecía a todas horas. El monitor cardíaco de aquella paciente pitaba cada segundo, sin ninguna referencia a la hora. Un paciente con quemaduras gritaba, sedado: nada en sus lamentos y gruñidos sugería el paso del tiempo.

El profesor reparó en mi vacilación y su mirada se deslizó hacia sus estudiantes. Llevaban batas tan rígidas y rectas, sus bigotes y barbas poseían una intensidad tan oscura y sedosa, que me sobresaltó el aburrimiento de las caras que había detrás. Los ojos vacíos, las mejillas como ladrillos sofocaban sus bostezos. *¿Has visto eso? No sabe qué hora es.*

Me pidió que tratara de adivinarlo. Para entonces ya estaba susurrando en tono íntimo. Era por mi voz, la gente no podía evitar susurrar.

Nunca llegué a ver a la mujer de detrás de las cortinas, y eso me resulta extraño; el pitido de su corazón dominaba mi vida. También parecía generar mucho ajeteo. Las hermanas de la mujer, vestidas de negro, con grandes bolsos colgados de los brazos pecosos desnudos, iban y venían de puntillas. Existe toda una subcultura en las unidades de cuidados intensivos, los parientes en las salas de espera, en sus puestos. Son una especie extraña de vida periférica, una vida entre bambalinas. Los propios pacientes la desconocen, no saben qué sucede fuera; no son conscientes de toda esa espera. Rara vez son conscientes los unos de los otros.

En realidad, la unidad de cuidados intensivos estaba siempre llena de ruidos, quejidos y agonías de los pacientes,

pero ninguno tan implacable como el pitido. El hombre de las quemaduras gritaba. Había sufrido un accidente de trabajo, una combustión química espontánea; sus gritos parecían contracciones musculares. Detrás de otro biombo había una chica que rotaba; aquel movimiento tenía algo que ver con una herida abierta en su estómago. En realidad, ella estaba fija, era la cama la que se movía a su alrededor para cambiarla de posición y, en todo momento, una potente lámpara de arco, una especie de reflector, irradiaba la herida. Yo imaginaba todo aquel tinglado como una especie de noria con luces giratorias humeantes. Tampoco a ella la vi. Nunca vi a nadie. Sabía de los detalles, de la existencia misma de los otros pacientes, tan sólo por mi madre, que había pasado tanto tiempo en la sala de espera, apostada tras las puertas deslizantes.

Cada vez que las puertas se abrían, mi madre levantaba su cabeza blanca, hermosa y llamativa: esbelta, impresionante, como la de un armiño; extraordinariamente alerta, dispuesta a ponerse en pie de un salto y empezar a hacer preguntas. Ella misma sabía que aquellos interrogatorios no servían para nada, pero era incapaz de no indagar, de no pedir. Adaptable, versátil, persistente (maldiciones eternas de la naturaleza humana, pero sobre todo persistente), había dormitado en la sala de espera tapándose con su abrigo, había comido en la cafetería, se había enjuagado los dientes en el baño. En otras palabras, había establecido una especie de vida, una rutina propia con sus hábitos y normas, e incluso con su propio grupo de conocidos, gente que se encontraba en sus mismas circunstancias. Puesto que las visitas —la

verdadera finalidad de aquella vida— ocupaban tan sólo cinco minutos de cada hora, le quedaba mucho tiempo para conocer gente. Y mi madre era famosa por su sociabilidad, e incapaz de bajar en ascensor al vestíbulo sin darle conversación a cualquier desconocido.

Así que se había hecho amiga de las hermanas de la paciente cardíaca y, sobre todo, de los padres de la chica de cabellos dorados que estaba en la cama giratoria (me había descrito su hermosa melena). Antes de ellos, teniendo en cuenta la tasa de defunción en aquel lugar, también había trabado amistad con el padre de un niño chino que padecía una enfermedad cardíaca rara. Un día, las puertas de *saloon* de la sala de espera se abrieron de golpe y el chico pasó rodando ante ellos, de camino a cirugía. Bajo la sábana blanca, su corazón parecía presa de una posesión violenta: activo, saltaba como una rana, me dijo mi madre. El padre tenía los ojos llenos de lágrimas. El niño murió antes de que yo recuperara la consciencia.

No hubiera sabido qué era el pitido del monitor cardíaco (parecía algo bastante natural, el pulso de la sala; las rejillas de ventilación que aleteaban, su respiración) de no ser porque mi madre me lo había explicado. Por supuesto, como estaba prohibido, se había asomado a hurtadillas tras las cortinas y había visto a la mujer; un cuerpo golpeado, ennegrecido, que azuleaba por todas partes, como la mujer tatuada de un circo. Había algo extraño en las descripciones de mi madre; eran bizarras, frenéticas, salvajes, como un carnaval callejero, un espectáculo. Me dejaban una impresión vívida y peculiar; quizás se debiera a mi estado de debilidad.

La fuerza vital de aquellos extraños detalles era una medicina potente, y las dosis eran altas.

Encontrarme en una cama de hospital no me había sorprendido, puesto que en los últimos tiempos había pasado bastante tiempo en hospitales; hacía mucho que estaba enferma de manera intermitente —varias dolencias físicas misteriosas, diagnosticadas finalmente como una infección renal—. (Cuando llegué al P-3, esto empezó a parecerme algo normal; no sólo la mayoría de los internos tenían un historial parecido de agotamiento físico, de enfermedades prolongadas y extenuantes, sino que la «infección renal» resultaba ser uno de los problemas más comunes. Después de escucharlo varias veces, empecé a entender).

La primera vez, muchos meses antes, había estado en un hospital en la otra punta de la ciudad, un lugar muy diferente, pequeño y cochambroso. Un tugurio. Compartía la desolación general del vecindario, un distrito puertorriqueño pobre —ladrillos sucios, tubos de neón, vidrios rotos—. La sala de Urgencias de aquel pequeño hospital tenía mala reputación; era donde la policía te llevaba a rastras si te robaban, o si te emborrachabas, perdías el control y necesitabas atención médica. Mi tío era policía y me contó cómo las víctimas de malos tratos, sin poder abrir los ojos y con la sangre corriéndoles por las mejillas, intentaban sobornar a los oficiales de policía y suplicaban que las llevaran a otra parte.

—¡Llebadme a cualquier otro lugar, pero no allí! ¡A ese hospital no! ¡Tengo dinero en los pantalones, en casa! —decían.

En aquel hospital sólo me hicieron unas «pruebas». (Ojalá hubieran podido averiguar qué era lo que «me pasaba»). En el cuarto del fondo había un paciente que sufría el curso velocísimo de una enfermedad contagiosa y devastadora. Los médicos se ponían uniformes desechables de papel cada vez que tenían que hacer algo en esa habitación, y todo —mascarillas, gorros, guantes de goma— tenía que quemarse inmediatamente después. Los visitantes podían únicamente mirar a través de una gruesa ventana blindada, poco más que una mirilla. La mayor parte del resto de pacientes parecían trabajadores de hostelería (saltaba a la vista que el hospital tenía algún acuerdo con el seguro médico del sindicato): lavaplatos puertorriqueños, camareros griegos en tratamiento de tracción, cocineros, camareras de coctelería con los globos oculares color azafrán (síntoma de hepatitis e ictericia). En el baño me cruzaba con ancianas extranjeras —polacas, eslavas, lituanas— que cojeaban penosamente entre los compartimentos abiertos con el trasero asomando de la bata de hospital. Camareras de piso, probablemente lavanderas. Lo irónico es que aquel baño era un lugar espeluznante —sucio, embadurnado de heces, el tipo de desastre que aquellas mujeres se pasaban la vida limpiando—. Todo el hospital resultaba indescriptiblemente desmoralizador, lúgubre, como salido directamente del siglo XIX. Muros renegridos, pintura desconchada, camas con barrotes de hierro. Nunca una escoba se aventuró en sus esquinas sombrías.

Sólo las precauciones que rodeaban al misterioso paciente en cuarentena parecían asépticas, eficientes, modernas.

Nunca supe la identidad de aquella persona, ni tampoco si era hombre o mujer. Ante mi puerta desfilaba toda una procesión de visitantes; siempre sabía cuáles eran los suyos. Eran negros, y eran hermosos. Mucho. Muy altos, muy esbeltos, vestidos con una elegancia extravagante —plumas, turbantes, sedas y pieles, pestañas como crines de caballo—, como ilustraciones de la *Vogue* parisina. Aquellos rostros de maniquí, perfectos y carentes de expresión, nunca delataban ninguna emoción; en alguna ocasión me desperté durante la noche y los vi caminar arriba y abajo por los pasillos tétricamente iluminados.

¿De quién se trataba? ¿Quién estaba ahí dentro? ¿Quién recibía semejante tributo?, deseaba preguntarles.

Aquello se prolongó durante dos o tres días. Después, una tarde, mientras me dirigía al baño, vi a dos hombres con mascarillas y uniformes de papel verde, delantales y guantes de caucho, caminando apresuradamente, encorvados por el peso del bulto que arrastraban, alargado y envuelto en vinilo negro. Sacudían los brazos, golpeaban el suelo con los talones. No había nadie más; probablemente habían evacuado el pasillo. Me di cuenta de que se trataba del paciente misterioso.

Ahora pensaba frecuentemente en aquel bulto negro.

En cuanto me encontré lo suficientemente bien para abandonar cuidados intensivos, me transfirieron a una sala distinta en otra planta del hospital. Todavía no estaba preparada para la vida de estímulos que me esperaba en el

P-3. Lo cierto es que aún no sabía que era aquello lo que habían previsto para mí.

Me pusieron en una habitación compartida ordinaria. Allí, no obstante, tenía que acompañarme en todo momento una enfermera privada, era una regla del hospital. Todavía podía estar desesperada, dispuesta a hacerme daño; se trataba de vigilarme. *¿Lo vas a volver a intentar?* La pregunta se me planteó. *¿Cómo estás de ánimo?* Ese tipo de interrogatorio es algo rutinario con los suicidas, pero para mí no tenía ningún sentido. Me sentía débil, frágil; mi voz no llegaba a ser un susurro. Allí me dedicaba a sorber caldo de pollo amarillo y a expulsar orina cálida y pajiza en unas cuñas heladas —una mejora respecto a que me alimentasen mediante agujas y me drenasen con tubos—, pero los resultados eran esencialmente los mismos. No quedaba nada.

No tenía «ánimo», es decir, no había ningún excedente.

No se desperdiciaba nada; todo cuanto abandonaba el cuerpo se reservaba y se medía. Eso incluía también lo que escapaba en el recipiente de plástico de la máquina de tos. El procedimiento constaba de dos partes: primero tenía que inhalar vapor a través de una máscara inspirando cada vez más profundamente; el vapor disolvía la materia presente en los pulmones, la sacudía. El esfuerzo me provocaba sudores. Después tenía que aspirar vapor salobre a través de un tubo, y eso me hacía toser. Ataques. Espasmos. Era incontrolable. Me lagrimeaban los ojos, mi pecho expulsaba a borbotones su propia oscuridad interna. Entretanto, la bomba agitaba el agua, podía verla espumear y moverse en el pequeño tanque transparente.

Tras aquellos preliminares violentos, arrasadores, el producto final —la flema en sí— parecía frágil, decepcionante. Cada estallido conseguía hacer emerger una pequeña cantidad, apenas la suficiente para que mereciera la pena escupirla. Tras veinte minutos de esfuerzo, en el recipiente de plástico podía haber una cucharada sopera de materia extraña y potencialmente letal.

Durante una de aquellas sesiones —que, naturalmente, monopolizaban mi atención—, me di cuenta de que había entrado alguien más en la habitación, deslizándose en silencio sobre unas suelas de goma blancas. Se trataba de una mujer negra, alta, atractiva, de cabello brillante, con las mangas de un jersey de punto colgando sobre los hombros del uniforme. Debía de ser Henrietta, la enfermera privada que se quedaría conmigo durante la noche. La vi coger mi historial médico, que para entonces ya era bastante voluminoso. Se sentó, dobló las piernas a un lado sobre el sillón, y se puso a hojear las páginas apoyadas en su regazo, encogida y aferrando el cuello de su jersey. ¿Acaso hacía frío en la habitación? Yo era incapaz de saberlo, siempre tenía frío.

De repente encontró algo que le llamó la atención y me lanzó una mirada rápida e inquisitiva. Le dio la vuelta al expediente, alisando las páginas, y empezó a leer desde el principio, esta vez más concentrada, con el puño bajo la barbilla. Podía sentir cómo alzaba los ojos y me miraba cada vez que doblaba una página. No cabía duda de que estaba leyéndolo todo sobre mí: es decir, sobre lo que había hecho, ya que en aquel momento, y durante algún tiempo, ese era el dato más relevante sobre de mí.

Me gustaría explicar esto de forma que se entienda. Durante un largo tiempo, parecía que mi vida estaba siempre a punto de empezar —la vida real—, pero constantemente había algún obstáculo en el camino, algo que tenía que superar, algún asunto pendiente; condenas que cumplir, deudas que saldar. Entonces podría empezar la vida. Al final me di cuenta de que mi vida eran esos obstáculos. Siempre estaba apartando piedras de mi camino.

Aquellas últimas semanas había estado sola en mi apartamento empaquetando cosas. Los meses de verano los había pasado en el hospital, tumbada bocarriba; me había quedado sin trabajo, mis dos hijos estaban pasando unos días con unos parientes. Entonces me tendieron una mano —una mano que me agarró por el pescuezo y me levantó—: me notificaron una beca de cierta fundación para terminar un libro. Nos íbamos a mudar de nuevo, nos mudábamos muy a menudo, esta vez hacia un clima mejor, por razones de salud. Nuestro antiguo piso se encontraba vacío, oscuro, sin cortinas, las ventanas tenebrosas con sus largas persianas de papel rasgadas.

Las paredes eran finas; mi vecino se reía y hablaba solo y yo me daba cuenta de que no estaba bien. A veces pronunciaba discursos caminando de un lado a otro, y cantaba marchas de John Philip Sousa en el baño: «Be kind to your web-footed friends. Quack quack down the bathtub drain». Un tipo grandote, rotundo, con pinta de matón. Me hacía pensar en *Moby Dick*: ojos estrábicos, manos blancas que parecían aletas. Pero cuando lo oía caminar a trompicones hacia casa, de vuelta del Walgreen, silbando, con varias

bolsas cargadas de botellas que tintineaban al chocar entre sí, yo ya sabía lo que me esperaba.

—¡Bola de sebo! ¡Negra! ¡Judía! —solía empezar a gritar a través del tabique (aquello iba por mí, soy muy oscura de piel)—. ¡Putá! —mascullaba entre dientes. Me desafiaba a que saliera para explicarme un par de cosas. Se tambaleaba borracho de un lado a otro de la estancia y la emprendía a puñetazos contra las paredes.

Yo también quería golpear las paredes con el puño desnudo. «¡Para! ¡Déjame en paz!» Le tenía terror, lo odiaba, deseaba que alguien lo asesinara o que lo atropellaran por la calle. Pero cada uno hace lo que quiere en su casa.

Por aquel entonces habían empezado a sucederme cosas aún más extrañas. Me daba cuenta de que era incapaz de dormir. Pasaba noches sofocantes y tormentosas, desapa-cibles; las maltrechas persianas se agitaban y traqueteaban. Me invadían pensamientos mórbidos, acudían en tropel a mi cama. Tenía sueños muy nítidos en los que me veía hacer cosas extrañas: veía el destello de cuchillas de afeitarse adentrándose en mis muñecas y sajando la carne. Sabía que nunca podría llevarlas a cabo (demasiado aprensiva), y aun así repasaba el ejercicio una y otra vez: me veía esbozando una mueca de dolor, decidida, malévolá, parpadeando, mor-diéndome el labio. Por primera vez en mi vida conseguí que me recetaran somníferos —siempre me habían dado miedo, miedo a un impulso repentino, supongo—. Los pensamientos suicidas se habían vuelto constantes; los arrastraba como un peso muerto. En mis sueños espesos, drogados, sucedía lo mismo, eran como el grillete de un preso; un íncubo me

visitaba, sentía una presión sorda junto a mí en la cama, aferrando las sábanas. Se colocaba encima de mí. Tenía una fantasía: me asfixiaría en el acto de felación con el diablo.

Ese fue el momento en el que empecé a visualizarme levantándome de la cama, trotando entre las cajas de la mudanza (cajas de fruta, de botellas) en dirección al baño, con sus juntas milenarias y sus azulejos caídos, de esos pequeños hexagonales que solíamos usar para jugar a la rayuela. Abría el armario de las medicinas (y esto es curioso: ¿por qué el armario de las medicinas? Las pastillas en realidad estaban justo al lado de mi cama. Pero da igual, al parecer tenía que haber un armario de las medicinas, la fantasía es caprichosa), y buscaba el frasquito tras el espejo plateado. Abría el grifo y el agua manaba salpicando con fuerza... Pero los días pasaban, y las provisiones de pastillas iban menguando: siete, seis, cinco —no las suficientes—.

Traté de disuadirme a mí misma. Lo cierto es que tenía la cabeza llena de pensamientos elevados, siempre ocupada con los sentimientos más nobles acerca de la vida y de por qué había que seguir viviendo. (¡Necesitaba un pretexto!). Era como intentar moverme con miembros artificiales. Volví a por otra receta y me tragué todas las pastillas.

Algo me sorprendió. La muerte no era lo que yo esperaba que fuese; no era para nada como había imaginado todas aquellas veces que la recreé en mi mente, tumbada en la oscuridad, como esperando su llegada. Y yo que pensaba que la conocía tan bien. No tardé en arrepentirme de lo que había hecho y llamé al médico, que no estaba disponible. Le dije a la voz del servicio de contestador lo que

había sucedido y me senté a esperar que me devolviese la llamada. Eso fue todo. No sucedió nada. Ninguna acción furtiva, ningún ajuste de cuentas, ningún pesar plúmbeo; no empezó en los pies para luego abrirse paso a rastras por las piernas. Mi mente fue lo primero en apagarse, se fundió como un fusible. Obviamente, animal de costumbres que soy, me había desvestido y metido entre las sábanas de manera ordenada. No llegué a escuchar el teléfono. Después supe que alguien había llamado al timbre, que yo había hablado con aquella persona a través de la rejilla del interfono con una voz pastosa y hosca, y que se había marchado preguntándose qué sucedía. Yo no recuerdo nada, nunca lo he recordado; era simplemente como si no hubiera habido nadie en casa.

Al no recibir respuesta, el médico llamó a la policía.

Se habían llevado la máquina de tos, deslizándola sobre las suaves patas de goma; el pasillo estaba oscuro y silencioso. La otra cama de mi habitación estaba vacía, a su ocupante la habían conducido a quirófano de manera repentina.

—¡Pero si estaba a punto de cenar! —se quejó ella. Una mujer negra, mordaz y vivaracha. Era cierto; estaba incorporada en la cama, animada, con su bandeja delante, sacudiendo ya la servilleta para sacar los cubiertos. Yo lo contemplaba con interés porque estaba famélica y no me daban nada de comer. Siguió refunfuñando, tomándola con todo el mundo mientras le ponían las medias de algodón en los pies y el gorro quirúrgico en la cabeza, que le dejaba las orejas fuera.

—¿Se me verá la cicatriz con el bikini? —Me había contado que tenía seis nietos.

Pero todo aquello había tenido que suceder horas antes; de repente empecé a preocuparme por ella. Le habían preparado la cama para después de la operación; la sábana blanca y lisa refulgía bajo la lámpara de hospital. ¿Por qué no había regresado?

Algo extraño estaba sucediendo. Por primera vez en varios días, tenía un sentido específico del tiempo, de su paso. En cuidados intensivos todo el tiempo era igual, ningún momento destacaba. Ahora era consciente de que era tarde, estaba segura; tenía una sensación extraña —nos habíamos trasladado a lo profundo de la noche—. La ventana enlucida de oscuridad. Sólo la lámpara sobre la cama estaba encendida. La sensata Henrietta, que tanto se cuidaba siempre, estaba leyendo con una luz francamente mala.

—A VER —dijo. Se levantó y vino hacia mí, colocándose furtivamente a los pies de mi cama. Se quedó callada durante un instante, contemplándome fríamente a distancia con aquellos ojos color ciervo; una mano apoyada en la cadera, la otra agarrándose el cuello.

—A VER. ERES DEMASIADO JOVEN, DEMASIADO MONA PARA HABER INTENTADO ALGO ASÍ —empezó a decirme, haciendo un puchero con los labios y cerrando los ojos. Se puso a mover la cabeza de un lado a otro—. A VER, ESO NO PUEDE SER—dijo.

Comprendí que Henrietta estaba decidida a darme una charla motivacional. La cosa fue más o menos así:

Todos tenemos nuestros problemas, nadie es perfecto. No eres nada especial, el *mundo entero* es un desastre. No hay nada que *tú* puedas hacer al respecto. Así que no puedes permitir que te *moleste*, tienes que aprender a *vivir con ello*, tienes que *decidirte*.

—Eso es lo que yo hice —me dijo.

A ver, el marido de Henrietta era bastante mandón.

—No lo digo por hablar mal de él, las cosas como son. Tampoco es que él pueda hacer nada para remediarlo.

Su marido era mecánico de coches, pero predicaba en una iglesia los domingos y Henrietta estaba muy orgullosa de él; era un *pedazo* de predicador. El problema era que, según avanzaba la semana y se iba acercando el domingo, el hombre cada vez se ponía más mandón. Empezaba a practicar con todo el mundo y les predicaba a diestro y siniestro.

—Se pone tan susceptible que nadie se le puede acercar; se le oye dale que te pego por toda la casa.

Henrietta solía dejar que aquello la molestase, pero había aprendido a *vivir con ello*, se había *decidido*; ahora simplemente subía al piso de arriba y cerraba la puerta. El sábado por la noche su marido era un hombre *difícil*, pero el lunes por la mañana estaba manso como un corderito. Se le pasaba todo.

—A ver, mi hija, por ejemplo, es fría. —Henrietta era la primera en admitirlo, la niña era rara—. Yo misma le digo: «¡Niña, eres *fría!*!». —Tuvo un escalofrío y se arrebujó en el jersey de mangas sueltas—. Pero más le vale aprender a vivir con eso —añadió rápidamente. La hija tenía una ambición de lo más sorprendente, quería ir a una escuela de

pompas fúnebres. Henrietta tenía sus reservas—: No hay muchas mujeres en el sector —me dijo. Pero en el mundo tiene que haber quien haga ese trabajo, y por qué no alguien como ella—. A ella no le importa. —En cualquier caso, la niña se había *decidido*. Conocía su propia naturaleza, por muy fría que fuese—. ¡Tal vez no sea muy lista, pero es terca! —Henrietta volvió a estremecerse—. Yo no me interpondré en su camino.

Yo miraba a Henrietta mientras hablaba; ¿quién hubiera podido dejar de mirarla? Era fascinante, abrumadora. Una mujer fuerte, hermosa, su cabello la rodeaba como el pelaje de un animal. Y parecía crecer sin parar, volverse más y más intensa, reunir fuerzas, siempre tirando de su jersey, con la mano en el cuello. Me sentí empujada ante aquella presencia poderosa.

Desde mi punto de vista, Henrietta tenía razones para estar satisfecha. Un predicador, una enfermera y una empleada de pompas fúnebres —¿qué más se puede pedir?—. Gracias a ellos podíamos ir y venir. Cuerpo y alma, enfermedad y salud, este mundo y el siguiente, todo quedaba cubierto.

Pero había algo que no estaba bien. Henrietta hizo un puchero, mirándome intensamente; los ojos mucho más claros que la piel. No estaba consiguiendo transmitirme su mensaje, no estaba llegando a mí. Yo parecía demasiado pasiva, inerte, allí tumbada debajo de todas mis mantas. Me habían rapado, trasquilado como a una oveja.

Apenas había dicho palabra en todo aquel tiempo, y finalmente ella se dio cuenta. Se alejó de la cama y vino a colocarse junto a mi almohada.